

Aquiles

Martha Páramo Riestra

Dirección General de Atención
a la Comunidad Estudiantil

En este cuento, el animal reconquista su sitio en la cadena creada por el ser humano

En eso, llega el gato al umbral del antecomedor; al centro, platos de porcelana rotos, pocillos, flores apachurradas. También una viuda de hueso y carne adusta, con anteojos ahumados y cabello grisiento, empieza el lloro sin más. Cuántas flamas de veladoras merodean y quisieran irse porque el aire se enrarece. Es posible que en un trance como el de hoy, ningún maullido, por más largo, llegue hasta el tope y encespe el pelaje de la viuda.

La mujer disimula, hace como que no recuerda nada y el gato no se hace ilusiones. Mal principio para un recomienzo, piensa el gato mientras la viuda husmea con un toque de elegancia el batidero.

El gato no chista, sólo un par de ojos entre verdosos y ambarinos barren el lugar. La escena despide el olor sepia de un rencor antiguo; el felino respira profundamente y, con un movimiento impecable, se acomoda en la única silla del lugar.

La viuda gatea y el animal empieza a sentir animadversión —unos segundos más y quizá empezará a resultarle insoportable—.

El gato se levanta en dos patas y obstaculiza el camino de la mujer quien se dirige hacia el rincón donde yace desparpajada la escoba. El felino comienza a sentir un escozor en la



faringe, como si por primera vez su nombre urgiera ser pronunciado a manera de un espeso escupitajo lanzado contra la pared: Aquiles, animal del demonio ven pa'cá, mientras se desgarran y crece el nombre, en la garganta del gato.

“Nunca más” —piensa Aquiles—, mientras la mujer busca hociqueando la manera de escabullirse. Entonces, qué ganas le entran al gato de echarla con una patada del lugar.

Cuando la mujer empieza a lamerse la palma de las manos y a tallarse el engatecido rostro, Aquiles sabe que ha tomado ventaja.

Con lentitud la vieja se acicala. Nunca especie alguna se había visto tan amansadamente embigotada.

Al final, ambos intercambian una mirada en esta última condición, luego, rendida ella, le entrega el mando sobre la escoba, la mecedora y el chal, la porcelana y la cuchara del fogón; Aquiles, a cambio, le asesta sin más una de sus siete vidas ●